

LAS NUEVAS FURIAS<sup>1</sup>

*Rough Music* es una serie de reflexiones sobre «un momento decisivo en la cultura política británica», provocado por la guerra en Iraq y después, de manera aún más aguda, por los atentados cometidos en Londres el 7 de julio de 2005. El hecho de que esté escrito apresuradamente bajo el ímpetu de los acontecimientos no creo que disuada a muchos lectores; y no tendría que disuadirlos, ya que este «libro instantáneo» presenta muchos argumentos que van más allá de la cultura británica, e invita a una mayor meditación sobre el mundo del nacionalismo contemporáneo y sobre la violencia de motivación ideológica. Documenta los acontecimientos recientes con excesiva profundidad para ser periodístico y asimismo pone de manifiesto los cambios de actitud política del propio autor. El título procede del libro *Costumbres en común*, publicado en 1993 por Edward Thompson, y no tiene un fin meramente efectista. La «rough music», una especie de cacerolada, era una cacofonía dirigida por los de fuera y abajo para incomodar a los conocedores de arriba, «contra individuos que incumplían ciertas normas comunitarias». Estaba pensada también para sugerir cómo podía darse la retribución democrática. Es interesante que las conclusiones de Tariq Ali lo muevan a alinearse parcialmente con las posturas mucho más antiguas de Thompson (uno de los fundadores, hace más de cuarenta años, de *New Left Review* e indirectamente de Verso Books, la editorial que publica *Rough Music*).

Los cinco artículos incluidos en el subtítulo de Ali –Blair, bombas, Bagdad, Londres, terrorismo– se centran naturalmente en la guerra de Iraq y las reacciones a ella. Pero tanto el diagnóstico como las prescripciones que hace el autor para el futuro hacen que el lector vuelva constantemente al factor causal: el fútil arcaísmo y las contradicciones del orden constitucional británico, del que tan fácilmente han abusado Blair y el Nuevo Laborismo que sencillamente *habrá* que reformarlo, como condición previa para cualquier futuro tolerable después de Blair. Las políticas de izquierda y las reafirmaciones de los valores «radicales» tradicionales ya no bastan. La ofensiva planetaria del neoliberalismo puede haber generado tendencias «de vaciado» y

---

<sup>1</sup> Tariq Ali, *Rough Music: Blair / Bombs / Bagdad / London / Terror*, Londres y Nueva York, Verso, 2005.

autocráticas en todas partes, desde Islandia a Australia. Pero dichas tendencias han sido peores en Reino Unido «gracias a la grotesca naturaleza de su sistema constitucional: su sistema electoral no representativo, basado en la pluralidad de voto con un solo ganador, su monarquía televisiva y su Cámara Alta no elegida». Westminster se consideraba normalmente un modelo para el mundo. Se ha convertido en una ruina apollillada, en la que una vergüenza sucede a otra. En 2005 (por ejemplo) el Nuevo Laborismo obtuvo su «mayoría convincente» en la Cámara de los Comunes con sólo un 21,8 por 100 de los votos electorales. Si esto sigue así, y la tasa de abstención vuelve a aumentar, es bastante concebible que en 2009 el cuarto mandato de Blair (o de Brown) sea respaldado por mucho menos de la quinta parte del electorado. La «democracia superficial» tal vez se haya convertido en un rasgo general de la organización política capitalista; pero incluso en este oscuro ámbito subsisten distinciones entre los más y los menos abyectos. Y Reino Unido está dejando de ser una democracia en *cualquier* sentido aceptable del término.

Se ha convertido en una autocracia poco sigilosa. El capítulo 3, dedicado por Ali a «The Media Cycle» [El ciclo de los medios], demuestra cómo se salió Blair con la suya en 2001-2005, y por qué algunos miembros de su camarilla piensan que puede seguir haciéndolo indefinidamente. Como otros restos de la oleada de «no hay alternativa» que se extendió en la década de 1990, piensan que la esencia de la «modernización» es ajustar la sociedad a los avances económicos y tecnológicos. Lo que significa *servir* a dichos cambios mediante una maquinaria de connivencia entre las relaciones públicas estatales, un sistema judicial acomodaticio y una prensa servil. En Reino Unido, la BBC fue el único escollo serio, sobre todo en el difícil punto de inflexión que supuso la guerra de Iraq. Para un nacionalista de la Gran Bretaña –«en decadencia», pero todavía una semipotencia mundial– como Blair, la participación en la guerra era esencial, aunque claramente impopular. Por consiguiente había que asfixiar la disensión por medios judiciales, cuyo punto más bajo fue la detestable investigación de lord Hutton sobre el suicidio del científico David Kelly. Éste se había angustiado profundamente por la farsa de las armas de destrucción masiva y las pruebas del engaño oficial. «No se preocupen, hemos nombrado al juez correcto», dijo el principal encargado de relaciones públicas de Blair, Philip Gould.

Tras la publicación de *Rough Music* hemos tenido nuevas ilustraciones sobre el funcionamiento del ciclo de los medios. Se ha dicho que Blair se reunió con Rupert Murdoch en Nueva York, y coincidió con él en que la cobertura del huracán *Katrina* y la destrucción de Nueva Orleans, en especial por parte de la BBC, había sido deplorablemente «negativa» (es decir, «antiestadounidense»). La misión positiva de las leyes y de los medios de comunicación por igual es, por el contrario, «siempre la misma»: es decir, mantener el prestigio de Reino Unido, y su contribución a la continua revolución del neoliberalismo. ¿De dónde puede proceder dicha contribución, sino de la posición escogida por Reino Unido en el nuevo firma-

mento?: «En el culo de la Casa Blanca», como al parecer dijo el jefe del gabinete de Blair al embajador en Washington.

La misión es de carácter «radical»: es decir, deriva de verdades manifiestas y no admite término medio, un destino cuasi religioso cuyo cumplimiento justifica cualquier medio, y debe por definición superar trampas, traidores y dificultades. Ali condena a Tony Blair por «no tener una veta radical en su carácter político», pero esto no es muy exacto. Naturalmente el Nuevo Laborismo desprecia las versiones de lo radical ofrecidas por el Viejo Laborismo, los marxistas y otros, pero ha establecido la suya propia: una intransigencia y una intolerancia ahora perfectamente conocidas y basadas en el capitalismo, que apelan poderosamente a la misma psicología y a las mismas emociones heredadas. Más adelante el autor admite que el reconocimiento del capitalismo como «el único juego aceptado» ha conseguido volver a movilizar para sí «el mismo dogma que en otro tiempo había caracterizado al trotskismo y a otros ismos», pero sin extraer de ello la conclusión posible.

Es decir, sin concluir que la transición debe de haber sido algo más que «prestidigitación». El justo castigo también influyó. Ciertos aspectos de los antiguos dogmas izquierdistas y liberales *invitaron* a entrar a los neoconservadores; y éstos son los aspectos de los que más deben desconfiar los demócratas de hoy. En la izquierda, el verdadero pecador fue el «materialismo histórico», no Lenin, Stalin y toda su progenie (ya fuera ortodoxa o crítica). Fue esta convicción filosófica de determinismo económico en última instancia la que facilitó relativamente el «cambio de bandos» a partir de la década de 1980, tanto en las elites dirigentes de Europa del Este y China como en muchos *intellos* occidentales. Los partidarios del destino acechaban en los dos bandos de la Guerra Fría. Por eso la avalancha socialista estatal en la década de 1980 depositó durante tan poco tiempo a tantas almas atribuladas en el lecho del valle. Éstas descubrieron que había un ascensor esperando (acolchado, modernizado) para trasladarlas nuevamente a las alturas. Allí, el terminal proporcionó alturas más seguras de inevitabilidad y superioridad, así como un «realismo» mediático mejor remunerado.

En la mitología grecorromana las Furias eran tres hermanas mortales nacidas de la sangre del dios Urano caída a la tierra (al ser castrado por Cronos). Virgilio describe en su Infierno a estas tres hermanas espeluznantes: descendientes del dios Urano y de Gaia (la Tierra), suficientemente terroríficas como para hacer huir a Cerbero para proteger su vida. Son (por así decirlo) la naturaleza humana desencadenada, después de los tristes acontecimientos acaecidos en las altas esferas, y decididas a conseguir un nuevo acuerdo para sí mismas «a cualquier precio». Este trato incluiría ahora una prima más elevada para la muerte significativa.

El 7 de julio de 2005, «un cuarteto mortal compuesto por tres jóvenes musulmanes de Yorkshire y un correligionario nacido en Jamaica y residen-

te en Aylesbury [...] se inmoló de manera más o menos simultánea» en el metro de Londres y en un autobús cercano al Museo Británico, matándose a sí mismos y a otras cincuenta y dos personas, e hiriendo a varios cientos más. Ali explica la motivación de estos muchachos haciendo referencia al admirable análisis de Robert Pape, *Dying to Win. The Strategic Logic of Suicide Terrorism* [Morir para ganar. La lógica estratégica del terrorismo suicida] (2005). A menudo se piensa que el ultrafundamentalismo islámico es la raíz de este fenómeno en alza. Pape lo niega enfáticamente. En sus propias palabras, en una entrevista concedida a *The American Conservative* en julio de 2005:

El hecho fundamental es que los atentados terroristas suicidas no están tan abrumadoramente guiados por la religión como por un claro objetivo estratégico: obligar a las democracias modernas a retirar sus fuerzas militares del territorio que los terroristas consideran su madre patria. Desde Líbano a Sri Lanka, Chechenia, Cachemira o Cisjordania, cada gran campaña de terrorismo suicida –más del 95 por 100 de todos los incidentes– tiene como objetivo fundamental obligar a un Estado democrático a retirarse [...] Dado que el terrorismo suicida constituye principalmente una respuesta a la ocupación extranjera y no fundamentalismo islámico, es probable que el uso de una potente fuerza militar para transformar aquellas sociedades musulmanas no sirva más que para aumentar el número de terroristas suicidas que vengan a nosotros.

Se puede cuestionar el uso poco crítico que se hace en este texto del término «democrático», pero esto no afecta al argumento principal. El terrorismo suicida está provocado por un enconado resentimiento *nacionalista* por parte de poblaciones que carecen de los medios normales de violencia política y militar, y que cuentan con pocas posibilidades de obtenerlos. En cuanto a la fuerza de ocupación ilegítima, no tiene que ser democrática en un sentido ideal, sino posiblemente «influenciable» por dichas tácticas, a través del temor popular, el abatimiento, los escenarios alternativos y las representaciones internacionales. En la misma entrevista, Pape recuerda a Irlanda, sosteniendo que allí la violencia «ordinaria» –explosiones no suicidas y tiroteos– bastó para alcanzar el «objetivo estratégico» de la retirada parcial británica, y aludiendo al reciente cambio del IRA al terreno de la política pacífica. Sostiene asimismo que la fórmula del terrorismo suicida efectivo la estableció en la década de 1980 la insurrección tamil, una combinación de nacionalismo y marxismo dirigida contra el control mayoritario cingalés (y budista). Ninguno de los bandos tenía relación alguna con el «fanatismo musulmán».

Ali resalta repetidamente el argumento: dado que la Furia aquí desatada es el nacionalismo y no la postración ante Alá, poner fin a la ocupación militar de Iraq es la única respuesta posible. Pero sospecho que también sería indicada una visión más amplia del cambio. La muerte significativa (el «martirio», como dicen sus partidarios) ha asumido una gran prominencia en una situación mundial en la que el nacionalismo ha sido *en ge-*

neral despreciado y denigrado. Las dos cosas están, a buen seguro, íntimamente relacionadas. Derivan conjuntamente de una perogrullada en la que se mostraron de acuerdo los economistas moderados de todas las tendencias: el Estado-nación estaba acabado, y con él ese trillado y antiguo «ismo». Ahora el determinismo en última instancia sólo podía prevalecer *fuera*, en el ámbito de las fuerzas de mercado mundiales. Innumerales libros y artículos explicaban el mensaje, todos ellos exponiendo la profunda sabiduría de la abnegación política y el *laissez aller*. La explicación más entretenida de estos espasmos globalizadores la dan dos capítulos breves incluidos por John Ralston Saul en su libro *The Collapse of Globalism* (2005): «A Summary of the Promised Future» [Resumen del futuro prometido] y «What Somebody Forgot to Mention» [Lo que alguien olvidó mencionar].

No tanto olvidados como deliberadamente pasados por alto fueron ciertos costes psicológicos, algunos derivados de la realidad socioeconómica y otros del propio embate ideológico. La «disminución de las fronteras» y la rendición adjunta de la iniciativa y de la voluntad de poder colectivas provocaron una conmoción mundial tan profunda como las propias fuerzas del mercado. En retrospectiva, parece asombroso que dichas afirmaciones pudieran hacerse de manera tan anodina y que se creyeran algo más que a medias. De hecho, fue como si se hubiera reactivado parte del mito antiguo, y economistas locos, columnistas vulgares, políticos despreciables y «donantes» ricos representaran a Cronos. De manera bastante despreocupada, estaban provocando el mayor terremoto desde mediados de la Guerra Fría, cuando buena parte del mundo todavía temía una guerra nuclear generalizada. De hecho tal vez sea peor: la amenaza apocalíptica resultó ser transitoria, pero la desaparición de los Estados y de las políticas nacionales se proyectaba ahora como una necesidad eterna; una ruta imposible de esquivar hacia el Paraíso, consagrada por la Razón y rechazada sólo por incorregibles lunáticos o fanáticos.

Ésta es, por supuesto, la convicción que subyace a la «guerra contra el terror»: los frutos de la «economía de la crucifixión», como la denomina Saul, dotan de justificación a los verdaderos creyentes y justifican el trato preventivamente «radical» dado a los desviados y los resistentes. Como las atrocidades cometidas en 2001 por Osama bin Laden, los atentados de Londres fueron crímenes merecedores de un castigo judicial. Pero la respuesta del globalismo atlantista ha ido mucho más allá. Percibe una amenaza procedente de la sinrazón cósmica, perpetrada por fanáticos no decididos a obtener la igualdad, sino su cielo y su tierra propios; una guerra lanzada (por así decirlo) por los supernacionalistas del islamismo.

El que dicha causa no tenga posibilidades de éxito debería (como aconseja Ali) devolvernos al análisis más realista de Robert Pape. El exorcismo ideológico del «nacionalismo» supuso el rechazo de la voluntad de poder alternativa y de las condiciones y luchas concretas que habían constituido la historia más moderna; sobre todo entre 1870 y el fin de la Guerra

Fría. Como observó Martin Jacques en *The Guardian* el 17 de septiembre de 2005, «el acontecimiento definitorio del siglo xx» no fue 1917, 1949 o 1989, sino «la derrota del dominio colonial». Lo que sugiere la obsesión globalista militante es que la liberación nacional era limitada en el tiempo, y ahora ha perdido en gran medida su significado. Un menosprecio general de las identidades nacionales ha vuelto completamente fútil el ismo de la nacionalidad, o, de hecho, de la pertenencia a un pueblo específico. Todos aquellos que no llegaron antes deberían abandonarla ahora. De hecho su *deber* es hacerlo. Quizá se admitan con reticencia una o dos excepciones a dicha norma, como Palestina, en las que los conflictos se han enconado tanto que no parece haber otra respuesta posible. Pero en conjunto, la nacionalidad se presenta ahora al contrario de lo que la consideraba Jacques: no como el camino hacia la modernidad, sino como el rechazo voluntario de ésta.

Ese veredicto complaciente ha sido el verdadero agente de la transformación. Es lo que ha convertido al nacionalismo en las «Furias», en la cacero-lada mundial que Ali analiza y adecuadamente reprocha: es decir, la versión exagerada de un yo anterior, trasladada a terrenos más salvajes por la aparición igualmente exagerada (pero armada) de un globalismo que, después de 2001, recurrió al colonialismo postcolonial. Es muy posible que no hubiera otra forma de que el planeta se convirtiera en uno. También es posible que, si hubiera triunfado la unidad soviética, hubiera sido peor. Sin embargo, el precio de cualquier triunfo no democrático fue un mazazo igualmente global sobre el corazón de las cosas: una herida igualmente universal, de hecho, a la que el sistema inmune de la humanidad ha respondido intensificando la búsqueda de significado y prestigio. El rechazo del significado a escala planetaria no podía sino provocar las peores consecuencias en situaciones ya de por sí calamitosas, y generar una furia compensatoria. En el texto sobre *El suicidio*, trabajo publicado en 1898, Émile Durkheim atribuyó la importancia de su tema para la *anomia*: la «pérdida» o el rechazo del significado. En *Formas elementales de la vida religiosa* veía que esta afección se estaba dando en Francia y también que entre los pueblos nativos australianos se mantenía controlada. Pero nadie podía imaginar entonces que un día la propia *anomia* se «globalizaría», convertida en reverso del triunfalismo del libre comercio.

Dicha pérdida de rumbo no se limitó, por supuesto, a los que no disponen de autogobierno o a los completamente desposeídos. Destaca por ejemplo en Estados Unidos, e indudablemente ha influido en la movilización del nacionalismo estadounidense por parte de Bush, y en las malas imitaciones de Blair y de John Howard en Australia. Sin embargo, las formas más extremas emergieron entre los marginados y los que se quedaron atrás, los dependientes o los aún colonizados (de manera formal o informal). En otras palabras, en la gran mayoría de los conflictos que copan una buena parte de los programas de noticias televisivos y las primeras páginas de los periódicos, la mayoría de los días y en la mayor parte de la emergente «aldea global». La estrategia para reafirmar tales causas ha

acabado incluyendo la intensificación explosiva del significado, en ausencia de reconocimiento, y de los medios bélicos normales.

La complacencia ilustrada percibe que los desafortunados asumen el terrorismo suicida *porque* creen en ideas religiosas fanáticas, notablemente en Oriente Próximo. Pero el exceso fanático no es en sí mismo más que otra compensación. Los personajes descritos en la película *Paradise Now* de Hany Abu-Assad pueden creer o no que su muerte les garantiza un atajo hacia el Paraíso. Pero como sugieren el relato y el trasfondo, lo garantizado es la exaltación de su comunidad marginada. En su contribución a *Cultura global. Nacionalismo, globalización y modernidad* (1990), Johann Arnason señaló que la «importancia particular» de la religión deriva de un sesgo o suplemento ideológico:

Más precisamente, es la identificación de una comunidad étnica con una religión salvacionista que parece garantizar la supervivencia con más eficacia que todo lo demás [...]

porque favorece una «soldadura» del universalismo con la particularidad étnica, *de un modo que justifica ésta*. El fanatismo puede respaldar el éxito del significado de la muerte, hasta el instante del olvido; el significado en sí no procede de las Santas Escrituras, sin embargo, sino del trasfondo nacional o étnico determinado. Es la furia de una «comunidad imaginada» (en el sentido atribuido por Benedict Anderson) negada lo que representa la sangre de Dios caída a la Tierra, no las aspiraciones devotas de los sacerdotes islámicos o de otras confesiones.

Como subraya Ali, la mayoría de la opinión pública británica entendió perfectamente bien la conexión terrenal entre las atrocidades de julio y el mantenimiento de la guerra en Iraq. Sólo las herramientas del gobierno y los megáfonos de los columnistas insistieron en que no había relación alguna y, por lo tanto, razón alguna para «rendirse» a los fanáticos de Bagdad. Estaban manifestando el nacionalismo de la mayoría; la identidad británica crucial para el proyecto de Tony Blair, y para el mantenimiento de las pretensiones de potencia cuasi mundial. *Rough Music* no dice bastante sobre esto directamente. Sin embargo, otro artículo publicado casi simultáneamente ofrece varias observaciones contundentes al respecto: se trata de «The Last of England», texto de Charles Glass, publicado en *Harper's Magazine* en noviembre de 2005. El autor considera que la ciudad que desafió a la fuerza aérea de Hitler en 1940-1941 se ha *desvanecido*, a pesar del pomposo discurso de Blair y de los titulares sobre «permanecer unidos»: «Tras el negro 7 de julio de 2005, los londinenses se escondieron en sus casas. Dos sábados después, el 21 de julio, cuando cuatro terroristas más realizaron intentos fallidos de hacer volar el metro y un autobús, Londres se mantuvo nuevamente callada». Glass estaba en Madrid cuando se produjeron los atentados del 11 de marzo de 2004, y percibió la diferencia. Porque los madrileños se unieron realmente o (como en una ocasión dijo Winston Churchill) «siguieron jodiendo» como siempre; y por

supuesto, se apresuraron a elegir a un nuevo gobierno que retirara a las tropas españolas de Iraq.

¿Qué había ocurrido? «¿Se habían convertido los leones en ratones?», pregunta Glass. «¿Estaba el bulldog tan firmemente atado a la correa estadounidense que ya no ladraba?» En mayo de 1941 las fuerzas aéreas alemanas lanzaron más de 100.000 bombas incendiarias sobre Londres, y destruyeron la Cámara de los Comunes, pero los londinenses «siguieron con sus quehaceres», como informó al día siguiente el *Telegraph*. Yo recuerdo sensacionales descripciones de dicho ataque por un viejo amigo londinense que trabajaba en el metro de Londres, y formaba parte de una brigada de bomberos que se esforzaba por mantener el sistema en funcionamiento. En ese momento la ciudad se acercó realmente al colapso, y él evocaba incidentes que lo ilustraban, recordando vivamente a individuos que se desesperaban y se rendían, declarando que no lo podían soportar más. Sin embargo, por supuesto, la mayoría no desesperó, porque estaba sostenida por una identidad comunal y nacional.

¿Qué temían, sin embargo, los londinenses en julio de 2005 en comparación con estas amenazas mucho mayores de medio siglo antes? La respuesta más probable es que «a sí mismos»: es decir, el temor radicaba en las expectativas y en las suposiciones de la población respecto al Reino Unido, más que en la amenaza del islam wahabí. «En 1940 –continúa Glass– los londinenses creían que después de la guerra forjarían un mundo mejor y más justo», mientras que en 2005 «nadie cree que el mundo vaya a ser mejor que antes de que empezara la guerra contra el terror». De hecho, los descendientes de la izquierda que intentó construir el mundo mejor después de 1945 están efectivamente en el poder y se niegan a ser desviados de su búsqueda bélica de la grandeza, y mucho menos por recuerdos del Estado del bienestar. «Reino Unido» significa ahora tan poco que nadie piensa siquiera en esperar que se descorchen botellas para celebrar la victoria sobre el día del terror, o que puedan surgir recompensas sociales por «seguir jodiendo» con el espíritu adecuado. Pero el nacionalismo vivo exige un pasado y un futuro. Si el segundo se reduce a una lavadora más barata importada de China dentro de poco y a meterse aún más en el culo de la Casa Blanca, ¿por qué molestarse?

El capítulo 5 de *Rough Music* analiza el clarificador episodio que resumió buena parte del nacionalismo al estilo Blair, la ejecución de Charles de Menezes en la estación de metro de Stockwell el 22 de julio de 2005 [al día siguiente de la segunda oleada de atentados fallidos]. Como todo el mundo sabe ya, este brasileño tomó el metro de camino al trabajo, y acabó con los sesos llenos de plomo. Lo habían identificado erróneamente con un terrorista o con un cómplice, y no le dieron oportunidad de aclararse. Veinticuatro horas después, Scotland Yard admitió que no estaba en absoluto relacionado con los terroristas. Pero, al mismo tiempo, nadie era *responsable*. En el país de los policías orgullosamente desarmados, nadie dimitió por el «error» de descargar once balas en la cabeza de un inocente.



Seis meses después la investigación sigue abierta, pero con muy poca confianza en que su veredicto (como el de Hutton) sirva para algo. Fue un «accidente» provocado por el pánico y la confusión: entre los que daban las órdenes y los que las cumplían. De alguna manera, no estuvo implicado el honor de nadie.

Y ése es el fondo del asunto. En la memoria viva, una especie de honor había sido la sangre vital de la grandeza imperial y nacional: el *Geist* aristocrático e inflexible de Churchill en 1940, difundido mediante una adecuada maquinaria de identidad a la mayoría de la población. Lo que el artículo de Glass registra es su desaparición, o (como mínimo) su estado de reliquia; algo parecido a la actual monarquía de los Windsor. El espíritu en otro tiempo interiorizado se ha convertido en algo que se debe sopesar en las escalas de las relaciones públicas; y, como en esta ocasión, considerar superfluo de acuerdo con las necesidades. Con todos sus defectos, el dominio patricio había considerado el privilegio unido a una inevitable –si bien injusta– responsabilidad; el autoritarismo rebajado de hoy lo considera como todo aquello que la «modernización» permitirá hacer, preferiblemente a hurtadillas, a los gobernantes.

Casi nadie quiere que vuelva 1940 con *todo aquello*; pero el argumento es que nada ha ocupado su lugar. El thatcherismo y el blairismo han sido principalmente muestras de su decadencia, que refuerzan fragmentos de nostalgia contra su ruina y que –incluso antes de la globalización– cuentan con las alianzas y los poderes externos para mantener en marcha la economía y la identidad. No es de extrañar que en julio prevaleciera un negro silencio. El dilema era completamente distinto del que provocó el «11-S» en Nueva York. Reino Unido había sido atacado *desde dentro* por jóvenes musulmanes que se consideraban a sí mismos principalmente británicos y castigaban a sus conciudadanos por su oprobio y su fracaso políticos. Acababan de soportar lo que Iain Macwhirter, del diario escocés *Sunday Herald*, describió como «las elecciones más grotescamente injustas de la historia británica», una farsa que permitió al Nuevo Laborismo proseguir su guerra en Iraq contra la opinión pública de la mayoría. El hecho de que no hubiera una alternativa democrática no justifica sus acciones; pero sí indica con seguridad algo intrigante (y potencialmente irrecusable) acerca de la constitución política y de la identidad británica con la que tan orgánicamente está conectado «el sistema». Respecto a este segundo tema, las «leyes antiterroristas» son formas esencialmente nuevas de *no* reconocer que hay algo que decir, o cambiar.

A continuación *Rough Music* contempla nuevamente el orden legislativo y judicial que asesinó a Menezes. Nuevamente Ali hace referencia a E. P. Thompson y a la lucha más larga por los derechos y las libertades civiles sobre la que tanto escribió éste. El libro de Helena Kennedy, *Just Law* (2004), se considera correctamente la más destacada expresión reciente de abatimiento e ira por el hecho de que Blair se haya apartado de la justicia social y la rectitud legal. Kennedy escribe:

En muchos aspectos, las leyes son la autobiografía de una nación y en Reino Unido tenemos muchas anécdotas orgullosas que contar, pero también tenemos capítulos vergonzosos [...] nuestras libertades están siendo erosionadas. Se está dando un grave abandono de los principios; todos nosotros debemos decir que es hora de parar.

Y sólo podemos hacerlo reformando la constitución política. «En los derechos humanos es donde la ley se convierte en poesía», observa Kennedy, permitiendo que se cuenten nuevas anécdotas y avance una identidad diferente. Tales caminos se encuentran bajo la superficie de declaraciones oficiales y conferencias de prensa, en pasajes oscuros y cámaras de eco, en los recovecos de la mente de miles o incluso millones de personas. Más importante que sus momentos de publicidad profesa, la «identidad» oculta sus propias Furias implacables, que tienden a ser peores *entre chien et loup*, mientras el sueño se niega nuevamente a llegar, incapaz de evitar una amenaza recurrente. De vuelta a Australia poco después de la muerte de Menezes, al transporte interminablemente largo al trabajo, a la rutina de largos traslados en tranvía y a la soledad suburbana de mi ciudad adoptiva, descubrí que nada «lo apartaba de mi mente». Era como si hubiera desaparecido un horizonte interior y tras él apareciese un oscuro enigma. En los términos sugeridos por Ali y Glass, esto formaba, por supuesto, parte de una estructura de significado, muro sustentador de una cultura nacional heredada por la mayoría, y naturalmente más fuerte entre aquellos que recordaban directamente la «mejor hora». Desde luego la hora había terminado; y no tanto por los terroristas como por el saludo de los disparos y las mentiras de las Fuerzas Especiales que vinieron después.

Tanto la defensa de los principios heredados como la manifestación de nuevas opiniones tienen a la democracia como condición necesaria. Un método de votación más justo y una segunda cámara elegida no proporcionarán por sí solos respuestas y sueños; pero pueden eliminar los actuales obstáculos al cambio, «permitir que los ciudadanos rompan filas en cuestiones críticas» y promover nuevos movimientos y alternativas. Sólo mediante tales cambios pueden producirse giros revolucionarios. Como dice Kennedy, es hora de parar; y después de dotar de mayor eficacia a la democracia, de forma que romper filas equivalga a algo más que unas manifestaciones masivas ocasionales, un parlamentarismo paralizado y panfletos lanzados desde el desierto político y poco leídos. Del mismo modo que se puede privar de rango y medallas a los soldados, es hora de que lo «radical» sea despojado del «ismo» engañoso del que se ha apropiado y que ahora se ha convertido principalmente en camuflaje para los muertos vivientes, ya sea recordando las derrotas del pasado o sirviendo a las envilecidas necesidades del presente.

Esto se percibe con mayor claridad si se pone en una perspectiva planetaria comparativa. *Rough Music* termina con el ruego de que Reino Unido «abandone su papel de asistente automático al neoimperialismo de Was-

hington y desarrolle una política exterior racional e independiente». Lo cual supone que es hora de dejar de ser una de las fuentes reales de inseguridad en el nuevo orden mundial globalizado. Todas las clases dirigentes neoliberales piensan ahora que la inseguridad emana de los «Estados delincuentes», potenciales nidos de terroristas o de gobiernos irresponsables que intentan en secreto fabricar armas nucleares. De hecho, la principal fuente de inseguridad radica en los arcaicos y peligrosamente engañosos simulacros de democracia que sobreviven entre los líderes del Atlántico Norte y sus aliados. *Rough Music* nos ofrece la imagen de una de esas farisas, y sostiene que hay que reformarla por el bien de sus propios ciudadanos. Y el artículo de Glass demuestra qué poca vida real queda dentro del *ancien régime* de Reino Unido. Tony Blair encontró una forma de posponer los cambios que dichos estudios comportan, haciendo sonar nuevamente el tema de la «grandeza», asociado a una farsa todavía más desvenecijada, la de Estados Unidos: un Estado incapaz, en el año 2000, hasta de elegir presidente. George W. Bush tuvo que subirse de contrabando al puente de mando del Estado mediante una combinación de corrupción familiar y jueces del Tribunal Supremo, hasta que una guerra afortunadamente oportuna le permitió obtener el respaldo suficiente para ser elegido cuatro años después. Y *éste* era el liderazgo democrático: la difusión no sólo de las bendiciones del mercado, sino también de la sagrada universalidad occidental, dedicada a suprimir nacionalismos atrasados y alternativas sin esperanza.

La nueva cacerolada es, de hecho, internacional, y se hará sonar con fuerza en todas partes tras la guerra de Iraq. Imperialistas jubilados como Reino Unido o Francia quieren seguir siendo ejemplos: han de hacer que su significado sobreviva a la pérdida del poder, en compensación y continuidad. La única esperanza que Reino Unido tiene de seguir siendo una especie de ejemplo en el siglo XXI será la de escuchar la creciente cacerolada, y escoger un curso alternativo y más modesto. Al abandonar la relación especial e intentar construir una constitución diferente, con una identidad confederal alternativa, Reino Unido puede empezar a dejar por fin atrás a Iraq, al blairismo y a la grandeza apolillada. El proceso ya ha empezado. El 9 de noviembre, el Nuevo Laborismo fue derrotado por 322 votos a 291 en la Cámara de los Comunes cuando intentaba ampliar la detención sin juicio a 90 días, como parte de su legislación antiterrorista. Cuarenta y nueve representantes laboristas se rebelaron, un claro augurio de la caída de Blair; y con ella, el rechazo a la política exterior que lo llevó a respaldar la expedición en Oriente Próximo. Al fin las Furias se están retirando; como el globalismo fanático y la «economía de la crucifixión» que les dio la oportunidad de volver a aparecer.

[Una versión de este artículo se publicará en la edición de febrero-marzo de *Arena*.]